

El viento plácido aspira,
Y viendo cuán manso cae
En sus campos el rocío,
El labrador se complace,
Gozando ya de las mieses
Su corazón anhelante,
Que colmarán sus graneros,
Cuando el Can al mundo abraza.

El bosque empapado humea,
De aromas se inunda el aire,
Y aparecen las espigas,
Floreciendo los frutales.

En medio el sol de las nubes
Su frente alzando radiante,
De oro y de púrpura al iris
Pinta entre gayos celages:
Él tendiéndose vistoso,
Sus inmensos brazos abre,
Y en arco fúlgido al cielo
Da un magnífico realce.

La naturaleza toda
Se agita, anima, renace
Mas gallarda, ¡ó vital lluvia!
Con tus ondas saludables.

Ven pues, oh! ven, y contigo
La fausta abundancia trae,

Que de frutos coronada
Regocije á los mortales.

ROMANCE IX.

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

MAÑANITA de san Juan
Por el prado de la aldea
A celebrarla se salen
Pastores y zagalejas.

Bailándolas ellos vienen
Con mil mudanzas y vueltas;
Y cantando mil tonadas
Del dulce Amor vienen ellas.

Unos el suyo encarecen
En bien sentidas ternezas;
Y otros con agudas chanzas
Bulliciosos las alegran.

Los que son mas entendidos,
Cortesanõs les presentan
La mano para apoyarse,
Con delicada fineza.

No hay corazón que esté triste,
Ni voluntad que esté esenta:
Todo es amores el valle,

Los zagales todo fiesta.
 Cual saltando se adelanta,
 Cual burlando atras se queda,
 Y cual en medio de todas
 Repica la pandereta.

El crótalo y tamborino
 Con la alegre flauta alternan;
 Y el regocijo y los vivas
 Suben hasta las estrellas.

Unos de trébol y flores
 Y misteriosa verbena (*)
 Sus candidas sienes ciñen,
 Matizan sus rubias trenzas.

Otros por detras sus ojos
 Con un lienzo arteros vendan,
 Y del juego alegres rien
 Si con el engaño aciertan;

Y otros de menuda juncia
 Tejiendo blandas cadenas,

(*) Era uso antiguo de los mas de los pueblos el salir al campo las gentes la mañana de san Juan, cantando y bailando á coger el trébol y la verbena, á que atribuían crédulos varias virtudes y misterios. Aun hoy se va en Madrid en este dia á comprar las yerbas á los portales y plazuela de santa cruz; resto sin duda de aquel estilo.

Hacen como que las prenden,
 Y en sus lazos mas se enredan.

Aquel deshojando rosas,
 En el seno se las echa,
 Y aquel en el suyo guarda
 Las que á su nariz acercan.

Cuales alzando los ramos
 En triunfo de amor las llevan,
 Y cuales, porqué los pisen,
 De ellos el camino siembran.

Así llegan á la fuente
 Que el gran álamo hermosea
 Con su pomposo ramage;
 Do en alegre paz se asientan.

El gusto y júbilo crecen;
 La risa y el placer vuelan
 De boca en boca, y mas vivos
 Cantó y danzas se renuevan.

La aurora de su albo seno
 Rosas derramando y perlas,
 Cede el cielo al sol, que asoma
 Y se pára y las contempla;

Y en medio su trono de oro
 Por las lucientes esferas
 Ostentando de sus llamas
 La inagotable riqueza,

Esté dia mas hermoso
 Parece que da á la tierra
 Mas rica luz, y á las flores
 Alegría y vida nueva.

Con la fiesta y el bullicio
 Las avecillas despiertan,
 Pueblan y animan los aires,
 Y la nueva luz celebran.

Todo en fin se goza y rie;
 Fuentes, árboles, praderas,
 Selváticos brutos, hombres,
 El júbilo en todos reina.

Libre en tanto el Amor vága:
 Nadie sus tiros rezela:
 El campo, el dia, la hora,
 Todo la ilusion aumenta.

Todo encanta los sentidos:
 Por una llanada inmensa
 Vága la vista, las aves
 Con sus trinos embelesan.

Entre el grato cefirillo
 El labio aromas alienta,
 El tacto en delicias náda,
 Y el pecho inflamado anhela:

Gratamente así corriendo
 Por las agitadas venas

Del placer la suave llama,
 Que á todos arrastra y ciega.

La ocasion brinda al deseo,
 Las miradas son mas tiernas,
 Los requiebros mas ardientes,
 Mas picante la agudeza.

Nadie desairado llora,
 Ni enojar amando tiembla:
 El baile mismo autoriza
 Mil cariñosas licencias.

Quien rendido se declara,
 Quien tierno la mano premia
 De su amada, y quien la roba
 Un beso al dar una vuelta:

Beso de que no se ofende
 La zagala mas severa,
 Pues fueran culpa este dia
 El rigor ó la tibieza.

Todos arden y suspiran,
 Todo se aplaude y festeja;
 La timidez es osada,
 Méenos cauta la modestia.

Y entre tantos regocijos,
 Un pastor, á quien las nuevas
 De su dulce bien faltaban,
 Cantó angustiado esta letra:

Ya no hay, zagales, amor,
 Que lo acabara el olvido :
 Nada de Fili he sabido,
 Y tiemblo su disfavor :
 Ausente estoy, fui querido :
 ¡ Ved si es justo mi dolor !
 Tambien yo un tiempo dichoso
 Cual ora os gozáis, me vi ;
 Y en mi embeleso amoroso
 Alegre canté y rei
 A par de mi dueño hermoso.
 Despues que dejé su lado
 Perdí la dicha y el gusto ;
 Y hoy con mas grave cuidado,
 Al ver su silencio injusto,
 Solo esclamo desolado :
 Ya no hay, zagales, amor,
 Que lo acabara el olvido :
 Nada de Fili he sabido,
 Y tiemblo su disfavor :
 Ausente estoy, fui querido
 ¡ Ved si es justo mi dolor !

ROMANCE X.

DE LAS DICHAS DEL AMOR.

No juzgues, bella aldeana,
 Que es por niño á Amor difícil
 Cautivar un albedrío,
 Y á sí en dulce lazo unirle :
 No, que á su imperio dichoso
 Quien gusta indócil resiste,
 O que hay, cuando el arco flecha,
 Destreza que el tiro evite.
 Que en la corte y en los campos
 Omnipotente preside,
 Y así al guerrero avasalla
 Como al zagalejo humilde.
 Hace al mas rústico urbano,
 Audaz la tímida virgen,
 Y hasta el anciano sesudo
 Por él las canas se tiñe.
 Bien que en unos lindos ojos,
 Y en un seno de jazmines,
 Y unas mejillas de rosa
 Toda su fuerza consiste.
 Así alegre y bullicioso

No engañada te imagines,
Que en las lágrimas se goza,
Ni con los suspiros rie:

Que educado por las Gracias
Gusta que bailen y trisquen,
Y que canten y festejen
Cuantos sus banderas siguen;

Ya en la pacífica Idalia,
Ya de Gnido en los pensiles
Grata los éntre su madre,
Ya en sus aras sacrifiquen.

El camino de su templo,
La senda que dél dirige
Al bosque de las delicias
Sus adeptos mas felices;

No por ásperos los tengas,
Ni los juzgues imposibles,
Que son llanos, y de rosas
Poblados y de alelíos.

Ni ménos pienses cobarde
Que su fuego el alma aflige,
Ni de sus blandas heridas
Que ningun remedio admiten.

Un plácido ardor su fuego,
Sus llagas son apacibles,
Y sus flechas puntas leves,

Que su tierno nombre imprimen.

La cárcel que hórrida tiemblas,
Y esos hierros con que oprime
Sus venturosos esclavos,
Que tú llamas infelices;

Es un celestial alcázar,
Donde gozan los que viven,
En vez de encierros y grillos,
De contentos indecibles.

Siempre entre mirtos y acacias,
Y en un temple bonancible,
Lleno el ambiente de aromas,
Los ramos de colorines,

Que revolando anhelosos
A sus queridas persiguen,
A par que en sus dulces trinos
Amor, solo amor repiten.

Allí embebidas las almas
Ya en esperanzas que fingen,
Ya en desdenes que contrastan,
Ya en favores que consiguen:

Temen ora, ora suspiran,
Ora blandamente gimen,
Gozan ora, ora se quejan,
Ora al amado se rinden.

Sus palabras son caricias,

Sus riñas serenos iris,
Y el despego y los rigores
Ocasión á nuevas lides.

Fragua feliz los rezelos,
Do amor ya tibio se avive,
Y los piques y mudanzas
De otro nuevo amor origen.

Su favor plácida llama
Con que el alma se derrite,
Pasatiempo los cuidados,
Y la timidez melindre.

¡ Felices mil y mil veces
Los que en su poder suspiren,
Los que sus cadenas llevan,
Y los que su ley reciben !

¡ Y yo aun mas feliz, bien mio,
Si á mi ruego al fin sensible
Una hechicera mirada,
Osa y no temas, me dice !

ROMANCE XI.

A FÍLIS RECIEN CASADA.

LLEGÓ en fin el fausto día
Que tanto Celio anhelaba,

Que cien envidiosos lloran,
Y que mi amistad aclama.

Ya eres su esposa ; y tu cuello
Sufre dócil la lazada,
Con que para siempre unidas
La suya y tu vida se atan.

De flores será olorosas,
Si los dos sabéis llevarla ;
Cual de punzantes espinas,
Si la discordia os separa.

Cuida pues, amable Fili,
De que cada vez mas grata
Al feliz velado sea
Por tu dulzura y tus gracias :

Cuida que el peso no sienta,
Y que una tierna mirada
Del esposo en cada hora
El rendido amante te haga.

Bien, Fili, lograrlo puedes,
Si la ilusión regalada
Que hoy le embelesa, procuras
Que el tiempo no la deshaga.

Ni mimosa le empalagues,
Ni con melindres de casta
Marchites por tus desvíos
La flor de sus dulces ansias.

Sé plácida á sus amores ;
 Mas gratamente velada
 De un pudor tímido á veces
 Feria tus finezas cara :

Que por vulgar se precia ,
 Aunque riquísima , el agua ,
 Y al sol fúlgido el diamante
 Por lo raro se compara .

Ni le des , ni pidas zelos ;
 Zelos que pedidos cansan ,
 Y dados..... te ofendería ,
 Si mas de este achaque hablara .

Los donosos devaneos
 Acabaron ya , cual vagas
 Pasan las nubes de estío ,
 Que sin lluvia el campo engañan .

Acabaron , bella Filis ,
 Las citas á la ventana ,
 Los empeños en el baile ,
 Las músicas y enramadas ,
 Y aquel tu bullir travieso ,
 Que te dió entre las zagalas
 El renombre de festiva ,
 De decidora la palma .

Lo que en la alegre soltera
 Se rie como una gracia ,

Por liviandad se censura
 En la severa casada .

Hoy en nuevo amor empiezas ,
 Cuya deliciosa llama
 Otros frutos ha de darte ,
 Y otra mas ilustre fama .

Tu esposo , y tu esposo solo ,
 Goze de tu vida y alma ,
 Cual en torno de las suyas
 Tú eres feliz soberana .

Un querer , un gusto , un lecho
 Comun os sea ; en su cara
 Te mirarás como espejo ;
 Y tu genio al suyo iguala .

A veces á sus antojos
 Tu razon dobla , que es gala
 Del amor mandar sirviendo ;
 Y al que se humilla , le ensalzan .

Sé con cuantos te rodean ,
 De trato y condicion blanda ;
 Que el rigor enojos cria ,
 Y mal oye , quien mal habla .

Solicita con tu esposo ,
 Y desvelada en tu casa ,
 Cual madre todos te miren ,
 Tus doncellas como hermana .

Pero á par cuida prudente,
 Pues su señora te llamas,
 No tan alto nombre pierdas,
 Si las cubres ó te guardan.
 Alégrate sin rebozo,
 Y trisca en el baile y canta,
 Que la virtud nunca estuvo
 Con la risa mal hallada;
 Y huye indulgente y benigna
 La severidad ingrata,
 Que á la par que humilla, ofende,
 Y el fuego de amor apaga:
 Viendo en el mar de la vida,
 Cual á un rayo de bonanza
 Que fugaz vuela, ominosas
 Ya mil nubes amenazan.
 Sin afectar presunciones
 Ni en cada dia una gala,
 Conserva ese limpio esmero
 Con que á todos nos encantas.
 Cuida de ti por tu amado,
 Y hazte á sus ojos tan varia,
 Que cual ora ilusos te hallen
 Cada vez mas estremada.
 Mira que el querer se entibia,
 Que el ciego embeleso pasa,

Que desplace el desaliño,
 Y lo gozado empalaga.
 Serás madre, bella Filis,
 Serás madre, y trasportada
 Recibirás en tus brazos
 La mitad de tus entrañas.
 ¡ Oh, en qué afectos al oírlo
 Tu amante seno se inflama,
 Viéndote fecunda oliva
 De pimpollos circundada!
 Serás madre, y de tu esposo
 Crecer sentirás la llama,
 Reflorece las finezas,
 Sellarse la confianza.
 Sobre él sentarás segura
 Tu amable imperio; y ufana
 Brillarás cual entre albores
 Se ostenta riente el alba.
 Crecerán tus dulces hijos,
 Y en ellos tus esperanzas,
 Cual mata de clavellinas
 Plantada al márgen del agua.
 Tú velando noche y dia
 Felizmente en su crianza,
 En delicias celestiales
 Te sentirás inundada:

Y serás, Fili, en el mundo
Cual tórtola solitaria,
Que en su nido y en su amado
Todas sus venturas halla.

En tu regazo dormidos,
Colgados de tu garganta,
Verás con qué de caricias
Tu ardiente cariño pagan.

A tu voz, cual los polluelos
Que su madre en torno llama,
Correrán de gozo llenos
Siguiéndolos tus miradas :

Mientras el feliz esposo
Ya sus brazos les prepara ,
Y entre su querida y ellos
Su corazon se derrama :

Gozando tú embebecida
Cual nuevas las vivas ansias
De su tierna fe, la gloria
De ver cuán penado os ama.

¡ Oh qué de premios y dichas
Fausto el cielo te depara !

¡ Qué de contentos y amores
De pureza inmaculada !

¡ Qué porvenir tan glorioso !
¡ Qué deliciosa fragancia

De virtudes! ¡ qué de bienes,
Esposa y madre, te aguardan !

Disfrútalos, Fili bella,
Y las prendas que te ensalzan
Admire yo, si es posible,
En tus hijuelos copiadas.

Disfrútalos; y la dicha
Sé por siempre de tu casa,
El lustre de nuestra aldea,
Y de todos la alabanza. —

Como parabien de boda
Estos versos le cantaba
Un zagal, que fué su amante,
A Filis recién casada.

Cuando de repente al triste
Tan al vivo se retratan
Los dolorosos recuerdos
De sus dichas malogradas,

Que en su deliciosa imágen
Como embebecida el alma,
Ni ya al rabel armonía,
Ni al labio le da palabras;

Y abismado, confundido,
A pesar de su constancia,
La que empezó enhorabuena,
Si no cesa, en llanto acaba.

ROMANCE XII.

LOS DIAS DE SILVIA.

A la Escma. Sra. duquesa de Alba.

Si á los tiernos sentimientos
Que mi corazon abriga,
Mostrar toda su fineza
Hoy dejase, amable Silvia,
Cual exaltados hervores
De mi ardiente fantasía,
La tibieza los burlara,
Murmurándolos la envidia.
Mas quien íntimo supiese
La sencillez de mi fina
Voluntad, los dulces lazos
Que al duque y á ti me ligan;
Lazos que á los dos me estrechan
Con violencia tal, que unidas
En uná sola tres almas,
Vuestra ventura es la mía;
Ni culpara mi entusiasmo,
Ni llamara encarecida
Una afición, que hará siempre

Mi embeleso y mis delicias.
Dijera sí, que la pluma
Por el papel corre tibia,
Ni alcanza á pintar la lengua
Cuanto el corazon le dicta:
Este corazon que anhela
Porqué gozes aun mas dias
Que ornán luceros la noche,
Y el mayo rosas matiza;
Mas que el abrasado julio
Lleva de blondas espigas,
Que la belleza de ardores,
De gozos el Amor cria.
Y cual plácido arroyuelo
Que por la vega florida,
Salpicándola de aljófar,
Insensible se desliza;
Tal tus años lentos giren
En serie no interrumpida
De bien logrados deseos,
De inefables alegrías.
Por siempre en verdor lozano
Del tiempo la mano impía
Jamás tu cabello ultraje,
Ni mancille tus mejillas;
O esos tan lumbrosos ojos,

Y á esa boca toda risas,
Con las lágrimas se anublen,
Dolientes ayes aflijan ;

Sinó que hechiceros ardan
Cual ora Amor los atiza,
Y ella de cuantos la escuchen,
Las voluntades te rinda.

Jamas de amargos cuidados
Tu sensible pecho gima ;
Ni la inquietud ó el desvelo
Tu blando sueño persigan ;

Mas bien con plácida mano
Fortuna tus pasos rija,
Y por donde quier que fueres,
Contigo llesves la dicha.

Brillando cual la alba luna,
Cuya claridad benigna
A los alegres encanta,
Y á los miseros alivia ;

O como el astro de Vénus,
Cuando á la aurora convida
A que abra al día las puertas,
Y ahuyente la noche umbría.

Envidiada, mas sin queja,
Todos te busquen y sirvan,
Los hombres cual su señora,

Las mugeres por amiga ;
Y encantados dulcemente
De la gracias con que brillas,
De tu lengua estén colgados,
Que miel y ámbar destila.

Tus saladas agudezas
Y tu urbanidad festiva
El ingenio las aplauda,

La emulacion las repita :

Corriendo de boca en boca
Por siempre esa vena rica
De donaires, que en la tuya
Inagotable se admira.

Respete tu genio amable
Hasta la calumnia misma ;
La envidia al ver tu talento,
Enmudezca, confundida.

Enmudezca cual las aves,
Cuando suavísimo trina
El ruiseñor solitario,
Oyéndole embebecidas.

Y tú, Silvia, sobre todos,
Cual rauda el águila altiva
Se encumbra, tu vuelo elevés,
Y todos tu ley reciban.

Sean tus inmensas riquezas

Patrimonio á la desdischa,
Tu escelso nombre un sagrado
Contra la suerte enemiga.

Adúlete la esperanza,
Abrázete la sencilla
Blanda paz, riente el gozo
Por siempre y vivaz te siga.

Así ejemplo á las edades
De virtudes peregrinas,
Tus discreciones se aprendan,
Cual tu bondad se bendiga.

Favorable en fin el cielo
A cuanto amistad me inspira,
En su seno y en los brazos
Del amor mil años vivas.

ROMANCE XIII.

LA ZAGALA DESDEÑOSA.

Si me quieres como dices,
Deja el desden, zagaleja,
Que nunca bien hermanaron
El amor y la aspereza.

Opón cruda los desdenes,
Si otro zagal te festeja,

Que á dos escuchar á un tiempo,
Es hacer á ambos ofensa.

Uno sea el escogido;
Mas cuando feliz lo sea,
Goza en paz de su ternura,
Y él en libertad te quiera;
Y celébrete entre todas,
Y en derretidas finezas
Pagándole tú benigna,
Su llama exhalar se pueda.

Que en el amor los rigores
Son cual hielo en primavera,
Que al mayo roba sus galas,
Y á los ganados la yerba;

Y el favor plácida lluvia
Con que abril al campo alegre,
Que hace florecer los valles,
Y espigar la sementera.

Favorece, y no desdeñes,
Que no toda la belleza
Está en unos lindos ojos,
O en una dorada trenza:

La beldad erguida y vana
Es bien cual pomposa yedra,
Que embeleso de los ojos,
Ninguno estéril la aprecia:

Mas al agasajo unida,
 Cual vid de racimos llena,
 A cuya sombra apacible
 Gozosos todos se sientan;

Y cuyos vástagos verdes,
 Cuando en el olmo se enredan,
 Ornándolo con sus hojas
 Con sus abrazos lo estrechan.

Flor de un día es la hermosura,
 Y el tiempo tras sí la lleva;
 Y si en mis palabras dudas,
 Toma una leccion en Celia.

Celia, la célebre un día
 Por su beldad hechicera,
 Que despreció á mil rendidos
 Cuanto envanecida necia;

Y hoy ultraje de los años,
 Busca en sus ardores ciega
 Quien la sirva, y todos huyen;
 Quien la mire, y no lo encuentra.

Voló con su nieve y rosa
 De sus ojos la viveza,
 Y rugosa, y sola, y triste,
 A un seco rosal semeja.

Solo la bondad sencilla,
 Que cariñosa aunque honesta,

Oye á su zagal querido,
 Y le corresponde tierna;

La que con sus gracias rie,
 Y con él baila en la fiesta,
 Y en el seno pon sus flores,
 Y con otras su amor premia;

La que viendo en él su esposo,
 Ni se esquivá ni avergüenza
 De que á ella todos por suya,
 Y á él por su amante los tengan:

Esta siempre como el alba
 Brillando en su luz primera,
 A cuantos la ven rendidos
 Guarda en su dulce cadena.

Los años no la oscurecen,
 Ni los cuidados la aquejan,
 La emulacion la perdona,
 Y la envidia la respeta;

Siendo, aunque en edad tardía,
 Su agrado y felices prendas
 Delicia de los zagales,
 Como encanto de las bellas.

Sé pues afable, Amarílis,
 Cesa en los desdenes, cesa;
 Que en tu júbilo y donaires
 Bien ese rigor no suena:

Ni te formaron los cielos
Así estremada y perfecta,
Para que tan altos dones
Miseramente se pierdan.

Sé afable con quien te adora,
Y verás toda la aldea,
Si ora tu altivez murmura,
Celebrar tu gentileza.—

Así cantaba Belardo
De una zagala á las puertas;
Y ella asomándose airada,
Que calle y parta, le ordena.

ROMANCE XIV.

LOS SUSPIROS DE UN AUSENTE.

TRAS aquel ceñudo monte
Que á las estrellas levanta
Su erguida frente, de nubes
Y de nieves coronada,

Está la mansion dichosa
De mi Clori, la zagala
Que es gloria de estas riberas
Y embeleso de las Gracias.

Fina el alma me lo anuncia,

Pues no cabiendo agitada
Ya en mi lastimado pecho,
En tiernos ayes se exhala.

Con violencia irresistible
De la otra parte se lanzan
De la alta cima mis ojos,
O el duro monte traspasan.

Mil cuidados van con ellos,
Penas mil y quejas vanas,
Y mil finezas y ardores....
¡Ay, que la ilusion me engaña!

Yo aquí en soledad me aflijo,
De la otra parte mi amada;
Opuesta á nuestros deseos
Esta invencible muralla.

Rudo monte! tú me privas
Volar adonde me arrastra
Mi dulce amor.... ni aun me dejas
Ver su pacífica estancia:

La estancia que fué algun dia
En mi suerte afortunada,
Confidente de mis glorias,
Testigo fiel de mis ansias.

Allá estático la busco,
Y en su impaciencia de hallarla,
La vista allí se la finge,

Y allí corren vida y alma
 En pos de Clori.... ¡bien mio!
 Solo á tu nombre en mil llamas
 Arde el pecho , mi ser todo
 En gozo y delicias náda.

Clori ! Clori ! ¡quién me diese
 Esta importuna distancia
 Rápido pasar ! ¡quién ciego
 Precipitarme á tus plantas !

¡ Estrecharte entre mis brazos,
 Y así en sorpresa tan grata
 Ver tu tímida inocencia
 Cuál con tu pasión luchaba ;

Y las lágrimas de gozo
 Con que tu seno inundaras ,
 Mezclándolas con las mías ,
 En mis ayes inflamarlas !

¡ Quién tierna te oyese á solas
 Por mí anhelar, y en tu cara
 Ya la inquietud retratarse ,
 Ya plácida la esperanza !

¡ Ya de un infeliz dolerte ,
 Que en su soledad amarga
 Mil y mil veces sin seso
 Nombra á su Clori adorada !

Clori mi labio articula ,

Clori lisonjera el aura ,
 Y Clori el eco repite
 Por la selva solitaria ;

Y mi Clori no me escucha.....
 Rudo monte ! de tu falda
 Hasta tu frente te cubra
 La esterilidad infausta ;

Ni á tus árboles el mayo
 Vista jamás de sus galas,
 Ni tus desnudas laderas
 De flores y de esmeralda :

Tus arroyuelos no corran ;
 Los veneros que brotaban
 Bullendo tus ricas fuentes,
 Cierren sus venas de plata :

Las aves de ti se alejen ;
 Ni entre tus áridas ramas
 O al tierno amor sacrifiquen ,
 O sus blandos nidos hagan ;

Ni en fin los amantes fieles
 Honren tus sombras ingratas,
 Buscándolas por terceras
 De sus finas confianzas.

Esto sea, odioso monte,
 Pues con aspereza tanta
 Te opones á mi ventura,

Mi ardiente pasión contrastas.

Ver si no á mi luz me deja;

Deja á mi ligera planta

Doblar tu escarpada cumbre,

Volar hasta su cabaña:

Sorprenderla en su retiro,

Feliz un instante hablarla,

Y deshacer sus temores,

Y alentar sus esperanzas,

Clamándole: ¡ vida mía,

Manténme la fe jurada,

Y otra y mil veces recibe

La que mi pecho te guarda;

Y que nuestro amor venciendo

Hados, tiempos y distancias,

De firmeza ejemplo sea

Hasta en la edad mas lejana!

Da, ó monte, este corto alivio

A mis súplicas ahincadas,

O al solícito deseo

De mi Clori que me aguarda.

Y si el ruego y la inocencia

El mármol rígido ablandan,

Cede, oh! cede á su ternura,

Y sus lágrimas acalla:

Y sus lluvias te dé el cielo,

Y eternas duren tus hayas,

Y huya el ardiente solano

De tus umbrosas moradas.

Ah! si yo al ménos tuviera,

Pues que á su aspereza clama

Sin fruto mi amor, del viento

O de las aves las alas!

Mas rápido que la mente,

Clori mía, á ti volara:

Viera si de mí te acuerdas,

Y viera cuán fina me amas;

Y si mis ternezas partes,

Y si mis zozobras pagas;

Si enagenada me buscas,

Si como loca me llamas:

Y en nudo estrecho enredado

De tu nevada garganta,

Con ardiente sed bebiera

Tus lágrimas regaladas:

Arrastrárate á mi pecho;

Y allí en mi pasión insana

En ti, Clori, mi ser todo,

Y el tuyo en mí trasladara:

Moviérante mis gemidos,

Callárante mis palabras;

Y envidiara el Amor mismo

Nuestras celestiales ansias.
 Así deshechas las dudas
 Que ausente de ti me asaltan,
 Tú ardieras en mi fineza,
 Yo me embriagara en tus gracias.
 ¡Quién esto, mi bien, hiciese.....!
 Ay! una sola mirada,
 Una lágrima, un suspiro,
 Todas mis dichas colmara.

ROMANCE XV.

LOS SEGADORES.

SEGADORES, á las mieses:
 Que ya la rubia mañana
 Abre sus rosadas puertas
 Al sol que de oriente se alza.
 Un vientecillo agradable
 Sigue su brillante marcha,
 Meciendo en volubles ondas
 Del pan las débiles cañas.
 ¡Ved cómo se pierde entre ellas!
 ¡Ved cuán susurrante vága!
 Ora carga y las inclina,
 Ora rauda las levanta.

Los desfallecidos pechos
 Su vital soplo repara;
 Y al trabajo interrumpido
 Con nuevo vigor nos llama:
 A par que las avecillas,
 No bien despiertas, el alba
 Saludan con mil gorgeos,
 Trinándole la alborada;
 Y huyen las lóbregas sombras,
 Y el horizonte se inflama,
 Y el luminar de los cielos
 En su inmenso ardor nos baña.
 A las hoces pues, amigos,
 Que el tiempo fugaz se pása;
 Y miles de espigas de oro
 Nos provocan sazonadas.
 De ellas la frente ceñida
 Nos sonríe la abundancia,
 Para henchir nuestros graneros,
 Y colmar nuestra esperanza.
 Vedlas en qué remolinos
 De aquí y de allá se esparraman,
 Moviéndose turbulentas
 Como la mar por las playas:
 Miéntas las áridas hojas
 Con su sonido retratan